

BLANCO Y VERDE



José Antonio Martín Corujo



DISCURSOS DE INGRESO

Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS

2024

© Academia Canaria de la Lengua
© José Antonio Martín Corujo

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Composición e impresión:
El Productor, S. L. *Técnicas Gráficas*

Dep. Legal: TF. 512-2024

ISBN: 978-84-96059-77-1

A Ángeles, Elisa y Silvia.
Y a Diego e Irina.

Desde la cubierta del correo Viera y Clavijo, que acababa de zarpar del Muelle Chico de Arrecife, sumido en una mezcla de la nostalgia de lo que dejaba atrás y la expectativa de lo que se me antojaba una aventura, permanecí en silencio mirando cómo se desdibujaban los contornos del litoral a medida que se me alejaba la isla: Arrecife, Playa Honda, el aeropuerto de Guacimeta, Matagorda... De todos esos lugares, sin duda, el entrañable rincón de mis recuerdos es Playa Honda, la de mi niñez, la de la casa amarilla, a la que nunca nos aproximábamos, y la de la otra,

la sencilla y humilde, la de Juan Espinosa y su familia, junto a la cual vivía Carey, el viejo de la chalana, del que se contaba que un día de viento fueron a rescatarlo cerca de Fuerteventura. Y yo, con mis padres y mis hermanos, en el nido de ametralladora que nos daba cobijo aquel verano de los años cincuenta del pasado siglo. En la bajamar, fija y lapero en manos de mis hermanos se convertían en certeras herramientas de captura y recolección de pulpos y lapas, que, junto a los regalos de pescado de Juan y Carey, constituían nuestra alimentación casi a diario. Regalo de naturaleza virgen en isla pobre.

En las tranquilas aguas del mar contemplo por primera vez, y ante mi sorpresa y admiración, los despegues y amerizajes de los peces voladores. ¡Ay, qué bueno sería que les gustaran las langostas!, no las de mar, no, sino las de tierra, los cigarrones grandes. Decían los mayores que las langostas venían de África formando grandes bolas sobre el mar, y al llegar a tierra emprendían el

vuelo buscando cualquier planta verde a la que devorar, causando grandes daños a la agricultura. Si a los peces voladores les gustaban las langostas, los pescadores de la Tiñosa no los deberían pescar. En mi mente estaba muy viva la plaga que azotó la isla en 1958.

En los años siguientes, la rutina y la monotonía también se vieron alteradas por acontecimientos que se fueron anunciando con bastante antelación, con mensajes, a menudo, catastrofistas o poco comprensibles para una población con muy bajo nivel cultural. En 1959, el eclipse total de sol. El día señalado, a media mañana, la luna acabó por ocultar el sol y se hizo la noche. Solo quedaba visible la corona circular que la luna no podía ocultar por su menor tamaño. Chicos y grandes llevábamos días ahumando cristales, por recomendación de los que se suponía que de eso sabían, y a través de ellos observábamos el sol. Un despropósito, una carencia más de conocimiento de salud

pública. Y, por si fuera poco, ya en 1960, se anunciaba que sería el fin del mundo. Bueno, aquí seguimos.

Supongo que, al tratarse de mi primer viaje, el nombre del barco quedó grabado para siempre en mi memoria. Así que cuando ya de adulto me interesé por saber qué había sido de él, supe que una compañía holandesa lo había adquirido en la década de los setenta para convertirlo en museo marítimo, cuyo principal atractivo consistía en que disponía de la caldera de vapor más vieja del mundo. También supe que, en vísperas del golpe de estado contra la República, viajaron en él, desde Tenerife a Gran Canaria, los militares golpistas encargados de sublevar el ejército de África, y se usó para trasladar presos republicanos a Villa Cisneros. Pero también fue un barco para la libertad. Militares y presos de la guarnición de Villa Cisneros, en 1937, lo asaltaron y pusieron rumbo a Senegal, donde lo abandonaron. Ahora, unía las islas transportando, tanto mercancías

como pasajeros. En nuestro caso, sin fecha de regreso.

Tres días más tarde arribábamos al muelle de Santa Cruz de La Palma. “Quiero escribir una carta, una carta para Pedrillo”, le dije a mi madre a los pocos días de nuestra llegada a la Isla Bonita. No recuerdo el contenido de la carta, pero seguro que tendría alusiones al agua corriendo por las acequias, al exuberante verde del paisaje, a las grajas, a las plataneras, a la caña dulce, al gofio con sal... Pedrillo, mi mejor amigo, en El Cascajo, el barrio de San Bartolomé donde nací, y en el que viví hasta los nueve años. Gozosos momentos compartidos en la niñez y dolorosa temprana ausencia del amigo, al que ya no volvería a ver. Risa y llanto.

Una ineludible predeterminación parecía inevitable en El Cascajo, y por extenso en el pueblo: la resignación al dolor, al dolor que viaja en pequeños ataúdes blancos. Mis padres tuvieron seis hijos, de los que sobrevivimos cuatro. Otros cuatro vivían

en La Palma, de una relación anterior de mi padre. Recuerdo a un anciano, creo que se llamaba Guillermo, que fue padre de veintidós hijos, de los que solo le sobrevivió uno. Mujeres enlutadas de por vida por la pérdida por ahogamiento del marido o de un hijo en el Banco Canario Sahariano. La salud pública era muy precaria, las condiciones higiénicas, la calidad de las aguas y las enfermedades infectocontagiosas todavía hacían estragos, especialmente en las familias humildes.

El Monturrio, al que se adosaba nuestra casa, era el otero desde el que se veían los barcos que zarpaban del viejo muelle de Arrecife rumbo a la costa africana y los que de ella retornaban. Lágrima o angustia en rostro de mujer que espera, y silencioso niño que la observa.

Mis recuerdos de niñez, sin embargo, son de una infancia feliz, escasa en recursos, sí, pero pletórica de juegos y amistad. Por las tardes, mientras nuestras madres se reunían

en la entrada de la casa de una de las vecinas, para confeccionar rosetas en sus piques (pequeñas almohadillas), los chinijos hacíamos de la calle de tierra nuestro campo de juegos: la piola, el trompo, el gua, las bolas, la carrera con arcos, el volar de cometas... Ellas, vigilantes y educadoras de hijos; ellas, artesanas; ellas, pacientes en la larga espera del marido pescador en la costa africana o en la emigración; ellas, consuelo de las que visten negro; ellas, en noches de sábanas frías; ellas...

La emigración, en busca de mejores oportunidades que las que ofrecía entonces el pueblo y, en general, la isla, producía ausencias de más larga duración y, a menudo, definitivas. La isla de La Palma, en aquellas fechas de mi niñez, se convirtió en un destino al que muchos conejeros optaron, como en otros momentos Lanzarote lo ha sido para los palmeros. Precisamente, durante mis estudios de bachillerato en Santa Cruz de La Palma, me hospedé en la casa de un

emigrante lanzaroteño procedente de San Bartolomé.

En Los Galguitos, en el municipio norteño de San Andrés y Sauces, fijó mi familia nuestro hogar. La amabilidad y generosidad de sus vecinos hicieron muy fácil nuestra integración, y pronto entablé amistad con los muchos niños que había por aquella época en el barrio. El contraste entre el espacio físico del lugar de donde venía y el de adonde había llegado, sin duda, en mi visión de niño, fue impactante. Fuentes, agua, bosque..., y allá, aljibe, jable, arena, malpéis... ¡Qué dispares, sin contraponerse en belleza!

Pronto me percaté, sin embargo, de una similitud. Ellas. La soledad femenina. También allí eran muchas las mujeres que se afanaban en sacar a sus hijos adelante en ausencia de sus maridos, emigrantes en Venezuela, años antes de que la Isla comenzara a despuntar en su desarrollo agrícola platanero, gracias, precisamente en gran parte, a los recursos económicos

provenientes de esa emigración, que posibilitó la perforación de galerías, en busca del preciado líquido elemento, y la sorriba de gran número de parcelas, para convertirlas en feraces huertas. Como en Lanzarote, al caer la tarde, muchas mujeres se reunían en la casa de alguna de ellas, mientras los niños jugábamos en las cercanías, y, con habilidosas manos, bordaban, en grandes almohadillas, mantelería, juegos de sábanas, toallas y otras telas previamente sisnadas, que les servían, además de módica ayuda a la economía familiar, de ameno vínculo social, permitiéndoles por momentos distraer la soledad. Esa soledad que impone la ausencia, y con la estoica esperanza puesta en el regreso.

En una y otra isla lo que predominaba era la economía de subsistencia vinculada al sector primario, pero La Palma parecía entonces ofrecer más oportunidades por su riqueza en agua. Aquí como allá, los niños acompañábamos a nuestras madres en un

sin fin de tareas agropecuarias, bien porque los padres estuvieran ausentes durante largos periodos o bien porque sus trabajos los requerían muchas horas del día. En Lanzarote, si los días eran calurosos y los cereales o las legumbres ya estaban secos, se juntaba un rancho de hombres, mujeres y chinijos en noches de luna y se arrancaban las plantas aprovechando la amorosidad que les aportaba el fresco nocturno, evitando así que se desprendieran los granos. El transporte a las eras se hacía básicamente con camellos en las barcinas que pendían de las angarillas. Garbanzos, arvejas, chícharos, lentejas y millo constituían los granos fundamentales de nuestros potajes. Precisamente los chícharos y las arvejas chochas, de grano grande y arrugado, fueron las legumbres que más eché de menos en La Palma.

En Los Galguitos, y seguramente en casi toda la isla, los niños también ayudábamos a nuestros padres en labores agrícolas, pero, al igual que en Lanzarote, la ausencia

paterna nos vinculaba más con las madres. Muchas veces acompañé a mi madre y a otras mujeres al monte para traer fejes de comida para las cabras y los conejos. Aprendí qué árboles, arbustos o hierbas eran los que más les gustaban. Supe que el viñátigo emborrachaba a las cabras, que la savia del acebiño manchaba las manos y que la de la trebina la podía eliminar, que a los conejos el tagasaste les gustaba tanto que hasta la corteza de las ramas se comían, que la tederera era un buen forraje para secar y que la leña de brezo y de faya eran de excelente calidad. Vi que en la zona de pinar, donde se recogía pinillo para el empaquetado de plátanos, algunas personas recogían un hongo comestible que llamaban nacida. Lo probé, “bueno, sí, me gusta”, pero no pude evitar compararlo con la sabrosa y para mí exquisita papa cría, que después de la lluvia íbamos a recolectar a unos morros cerca de nuestra casa en Lanzarote. Las nacidas quedaban al descubierto tras la retirada del

pinillo, pero las papas crías nacen y crecen bajo la tierra, y es un pequeño amontonamiento de tierra resquebrajada, que llamábamos regaño, lo que anuncia su presencia. Cuando los chinijos íbamos a recolectarlas, los mayores nos decían que buscáramos esos pequeños amontonamientos cerca de unas plantas rastreras que crecían en el lugar. Las recuerdo fritas sin más o acompañando algún tipo de carne.

Ellas, tocadas con sombreras, arrancan cebollas y batatas. Ellas, tocadas con pame-las, bordan mientras pastorean cabras y surcan, sachan y cavan con azada, raspadera y gancho. Mujeres muy jóvenes trabajan en las conserveras de pescado, al frente de las cuales solo hay hombres. En los empaquetados, dirigidos por hombres, mujeres muy jóvenes humedecen pinillo, fabrican calzos y preparan las envolturas de grandes pliegos de papel acolchado con pinillo con los que se empaquetan las piñas que los hombres amarran con cordel. Hombres que deciden

y ordenan, mujeres que obedecen y callan.

Aquí y allá la necesidad y la penuria se mitigan con la solidaridad compartida. Sancocho, gofio amasado y mojo no faltan en las arrancadas de fin de semana, en las que se afianza la amistad. Papas arrugadas o guisadas, sopa de lentejas o de frijoles, gofio amasado y queso frito en mojo de azafrán para la gallofa en siegas y trillas, y si de papas se trata: “llévate estas si no tienes o hasta que caves las tuyas”. Tragos de malvasía en jable y arena, listán en vetas de arcilla.

Los domingos de otoño son un ajetreo. En varios hogares llega la fecha de la matazón del cochino, cochino negro, que casi todas las casas tienen uno en un chiquero, y los dueños invitan a sus amistades. Muy tempranito alguien ejerce de matarife. Luego, con pinillo o con ramas secas, se le queman los pelos, afeitándosele los que quedan más rebeldes en los pliegues, y con piedras porosas, mojadas en agua tibia, se

va restregando la piel hasta dejarla limpia. La asadura, un poco de tocino y una considerable cantidad de carne se destinan a la comida de la familia e invitados de ese día. El resto se trocea y se sala poniéndolo a resguardo en una barrica, de la que se irán extrayendo pedazos casi a diario para hacer los sancudos, cuyos olores se expanden por todo el barrio. También se hace el chorizo y morcilla dulce. El jolgorio se anima con guitarras y acordeón en un repertorio de puntos cubanos que dura hasta el anochecer. El funcionario del ayuntamiento visita la matazón, come con fruición, además de llevarse un generoso trozo como pago por su despreocupado control. *Jarto*, se despide con sonrisa complaciente dirigiendo sus pasos hacia el lugar del que proviene el bullicio de otra. Mientras, los niños dábamos patadas al balón, que era la vejiga inflada.

En casa de Casiano, los domingos, juego de bolas en tierra, olor a pejines y a pota asada. Ellos, maestros en el arte de lanzar

e impactar, alejando la ajena y dejando la suya cercana al miche. Entre juego y juego, enyesque y vaso de vino. Timple y guitarra, isas y sorondongo. Ellas, en casa de una vecina, juego de la lotería, de ronda o de brisca. Se apuestan almendras o algunas perras, nadie se arruina. Mientras tanto, los chinijos, entre trompos y boliches, diluíamos sobres de soda magnesia en cacharros de agua que, al beberlos, nos chispeaban las miradas.

“¡Agua, agua... Afloró agua, mucha agua, en la galería Tajadre!”. No faltaron brazos aquel domingo para que picos, ganchos, azadas y raspaderas encauzaran, monte abajo, el frenético líquido, que frenó su ímpetu en el tanque de Juan Rodríguez. El ruido del agua terrosa al precipitarse en el depósito no enmascaró el de los disparos de una pistola que un hombre, bien vestido, empuñaba apuntando al cielo, como acto de celebración de tan extraordinario acontecimiento. “¡Una pistola, un hombre con una pistola!”

Silencio. La década de los años sesenta, un revulsivo. La gente se animó a trabajar muchos terrenos próximos a la zona costera, hasta entonces eriales. Con el riego se extiende ampliamente el cultivo de la platanera. Las sorribas y las canalizaciones para llevar el agua a las nuevas tierras atraen un buen número de trabajadores de otras islas, especialmente de La Gomera. Las cuevas son gratis, y, en el barranco de San Juan, para una temporada pueden dar cobijo. La cueva mayor, hoy Parque Arqueológico El Tendal, se asemeja a un poblado. Mujeres solas invirtieron en acciones de las galerías, mujeres solas invirtieron sus escasos ahorros en sorribar pequeñas parcelas en la costa y, algunas, afrontaron, en soledad, la ejecución de las obras con el dinero que sus maridos les enviaban desde Venezuela.

El verde de las plataneras, rápidamente, va cubriendo la costa, mejorando notablemente la economía de las familias. Las pistas suplantan a los caminos y los Jeep Land Rover

y las furgonetas abiertas Volkswagen se convierten en los nuevos medios de carga, hasta lograr extinguir a la totalidad de los mulos en la zona. La desaparición del ganado vacuno y la de los cochinos negros caminan paralelas a la de los mulos. Se abandonan los terrenos de medianías, de enorme importancia en la economía familiar hasta entonces. El herrumbre se enseñoorea de las hachas y de los machetes, y el bosque se expande. Gran Canaria no demanda varas, y los cujes ¿para qué? En la isla las vegas de tabaco comienzan a languidecer. Las horquetas, socos y horquetillas resisten un poco más, hasta que fueron sustituyéndose por los de fabricación metálica. La drástica disminución de la cabaña ganadera convirtió el estiércol en una rareza, y se incrementó considerablemente la importación de fertilizantes, sobre todo para el cultivo de la platanera. La mayor disponibilidad de recursos económicos permite acceder a frutas y verduras de importación, al tiempo que

comienza la proliferación de plagas que afectan cada vez a más tipos de cultivos, que son tratados con pesticidas o, simplemente, se abandonan. Un trocito en el sitio, para el consumo se mantiene, y a menudo son ellas las que lo riegan y cuidan. Ahora, es mejor que los hijos estudien, que estudien algo, y si es en la Universidad de La Laguna, mejor. “El trabajo del campo es muy duro”.

Poco a poco la arena de las playas comienza a ser hollada por pies de gente que viene del frío. Como hongos en otoño lluvioso, florecen construcciones de muy diversos usos para su alojamiento y disfrute. El color blanco de los apartamentos y los hoteles va extendiéndose por amplias zonas del litoral. Trabajar ahí, nada que ver, mucho más rentable que en la agricultura y menos riesgo que en el mar. Albañiles, carpinteros, fontaneros, electricistas..., muchos palmeros ven en la isla árida una oportunidad. Cambio de ciclo, pero ahora se viaja en avión. La agricultura tradicional comienza a ser más voluntariosa

que rentable. Aulagas en los enarenados. Ellas, un huerto pequeño junto a la casa pueden regar y mimar.

Esa similitud, de la soledad femenina, entre la isla de la que provenía y a la que arribaba, sin duda, fue determinante en la influencia de las madres y abuelas en el modo en que los niños fuimos adquiriendo nuestro modo de comunicación verbal. Como chinijo o como niño, al igual que la jurria que compartíamos juegos, la mayor parte del tiempo lo pasábamos con nuestras madres, que en ese periodo tan duro de la vida que les tocó vivir, de labores agrícolas y ganaderas, sabían igual que ellos. Los mecanismos que las personas desarrollamos para poder comunicarnos, sin duda, van evolucionando a lo largo de nuestra vida, y en ello tiene mucho que ver qué y quién sirve de modelo. Aquí y allá, sin discusión, las mujeres desempeñaron un rol muy importante en el modo en el que los niños fuimos aprendiendo a expresar nuestras

inquietudes, opiniones, deseos... Ellas se vieron impelidas a realizar múltiples tareas en un entorno de subsistencia, donde la comunicación específica en cada una de ellas incluía palabras de uso exclusivo de la gente del lugar. Lugar que no siempre se correspondía con la isla, sino que, a menudo, su uso se circunscribía a un solo municipio, cuando no a solo una parte de este. Dada la pronta implicación, en esa época, de los niños en las tareas agropecuarias para el sostenimiento familiar, su lenguaje iba incorporando ese léxico específico de un modo totalmente natural.

Nunca me dirigí a mis padres llamándolos *papá* o *mamá* como sí se hace en La Palma. *Padre* y *madre* aprendí en Lanzarote, y así los mantuve siempre, y los precedía del posesivo *mi* cuando, charlando con alguien, me refería a alguno de ellos. Me sorprendió que ese *mi* no lo usaran los palmeros y que dijeran *mamá*, *papá*, *tía*, *tío*, *abuela*, *abuelo*, *madrina*, *padrino*... como si también lo fueran míos.

A *compadre* y a *comadre* tampoco les precede el *mi*, como refleja la anécdota en la que alguien, que se dirigía al monte montado en su mula, se paró un momento para saludar a un vecino al que le preguntó si le podía decir la hora. Entró en la casa, miró el reloj de pared y salió diciéndole: “El palo pequeño está enfocado *pa La Calsaíta* y el grande *pa ca compadre Manolo*”. Aprendí que la *lonja* era la venta, que el *reunido*, el colorante, que la *fruta*, el higo y que el *higo* era el *tuno*... Para evitar la risita de la ventera, que hacía que el rubor se reflejara en mi cara de niño, aprendí, no sin esfuerzo, a pronunciar la *elle*, lo que años más tarde sirvió para que muchos de mis alumnos, escuchantes, escribieran correctamente el verbo *ballar*, tan usado en las matemáticas.

Cierto es que determinados oficios solo eran desempeñados por hombres, como los de carpintero, albañil o herrero, entre otros, pero los canarismos del léxico propio de tales oficios quedaban restringidos a muy

pocos hablantes, ni punto de comparación con el uso generalizado de muchos de los provenientes de tareas cotidianas del mundo rural, que las mujeres conocían tan bien como los hombres.

Ellas, educadoras de hijos, cuidadoras de abuelos, artesanas, a menudo costureras, que veían cómo languidecía su juventud en la incierta espera del regreso del hombre que un día las enamoró, mantuvieron y transmitieron la idiosincrasia de nuestra modalidad lingüística. Aunque muchos de sus hijos nos alejamos de ese mundo rural, a partir de los cambios socioeconómicos experimentados en nuestro país y, también hay que decirlo, olvidamos o dejamos de usar muchas de aquellas palabras que nos fueron tan familiares, por considerarlas inapropiadas, incultas o, simplemente, mal dichas. En esas mujeres se mantuvieron mientras las necesitaron, en un mundo que aceleradamente dejaba atrás el suyo.

Con once o doce años, recuerdo ir los fines

de semana de otoño o de invierno a Lomo Muerto, lugar del monte de Los Galguitos, próximo a la zona de pinar, donde mi padre, dos de mis hermanos y otros hombres pasaron unos meses haciendo carbón con la leña que quedó de un amplio remate de varas y otros materiales. Durante ese tiempo, la amplia cueva de Las Moraditas, situada en ese lugar, se convirtió en su hogar. Allí preparaban la comida, allí llevaban el agua de una fuente cercana y allí dormían en unos camastros hechos por ellos mismos. Dado que, una vez que iniciaban el fuego en las hornas, era necesaria una vigilancia permanente, acudían a comer a la cueva por turnos. Dos, en realidad. Esos días, sin clase, en los que yo solía visitarlos, ejercía de lector. Mientras comían, les leía algunas páginas de alguna novela, siempre del oeste. Páginas que volvería a leer al siguiente grupo. Cuando los acompañaba en el control de las hornas que estaban quemando o en el montaje de otras, se entablaba entre ellos

un jugoso debate acerca del desenlace de la novela, que yo nunca desvelaba si ya la había leído en soledad. Horna de arrimo, de carretera o redonda, fueron nombres que allí aprendí.

Durante algunos periodos vacacionales de verano, mientras estudiaba bachillerato, trabajé en sorribas, en la construcción de un canal en una galería y en el monte. El rematador del monte, seguramente con buen tino, comprendiendo que mis manos, nada encallecidas, no le serían rentables en el uso del machete, me asignaba la tarea de formar los fejes de los diversos materiales que los trabajadores, forjados en el oficio, iban dejando atrás. Ellos, protegidos del sol por el follaje de los árboles que permanecían en pie junto a los talados, y yo, entre la brusca y el solajero, contaba las docenas de palos de cada tipo necesarios para cada feje. Cómo no acabar aprendiéndome, de un modo completamente espontáneo, los nombres de los árboles de aquellos montes,

distinguiendo un paloblanco de un loro o un acebiño de una faya. “No te olvides de las docenas de cada feje: varas, 6; cujes, 2; horquetas y socos, 1; horquetillas, 3, y los puntales, se venden sueltos”. Para carbón, la leña que sobra. Hornas que preparan ellos, carbón que recogen ellas.

Lengua y matemáticas y leer de forma comprensiva y escribir de un modo comprensible fue una fijación de los dos maestros que tuve en la escuela desde los diez a los trece años. Palabra y número. A veces, en una misteriosa simbiosis, se dan la mano literatura y matemáticas, tan del gusto de muchas personas mayores de aquella época. Lo percibí más en hombres que en mujeres. No pocas veces, me vi retado: “a ver si sabes este que dice...”. Ufanos ellos por saber la solución, pero casi nunca conociendo el proceso de resolución. Años más tarde constituyó un recurso al que acudí en mis clases de bachillerato como profesor de matemáticas, convencido de que

era un estímulo para muchos estudiantes. Mi primera publicación fue un relato de contenido matemático, *Viaje al mundo de los vectores*, que, en formato de vídeo, con dibujos de dos de mis alumnas, presenté en las V Jornadas Nacionales de Matemáticas, celebradas del 20 al 23 de marzo de 1991 en el Colegio Universitario de Castellón, y, en esa misma línea, la de unir matemáticas y literatura, en el 2000, coincidiendo con el Año Internacional de las Matemáticas, la Consejería de Educación del Gobierno de Canarias, editó mi libro *Cuentos y Matemáticas*.

Lengua y matemáticas. Del mismo modo que el aprendizaje natural va incorporando el léxico en la medida en que se van desempeñando o conociendo determinadas tareas, el lenguaje matemático debe ir aprendiéndose paralelamente a todo el proceso de enseñanza y aprendizaje de la materia en todos los niveles educativos. El lenguaje es comprensible cuando el alumno lo pueda traducir, expresar correctamente,

en su lengua materna, lo que, sin duda, lleva aparejado un cierto dominio de esta, que no siempre se tiene. Si esta discordancia se mantiene en el tiempo, el aprendizaje de tan importante área instrumental en la formación de cualquier persona resultará muy difícil. “Leer de forma comprensiva y escribir de un modo comprensible, no lo olviden”.

El lenguaje matemático adquiere gran relevancia a partir del siglo XVIII, cuando Euler introduce gran parte de la notación que usamos actualmente. Constituido por números, letras y símbolos, tiene una sintaxis precisa y lógica, donde no existe la polisemia, tan frecuente en el lenguaje natural. Su carácter abstracto y formal facilita que se pueda avanzar en el conocimiento de la materia, pero, y también hay que reconocerlo, precisamente ese carácter abstracto y formal produce un gran rechazo en muchos de los estudiantes de todos los niveles. Para poder transmitir correctamen-

te los conceptos matemáticos, en su específico lenguaje, se requiere tener, por parte de quien comunica, el nivel adecuado en la lengua usual, a la vez que disponer de una suficiente competencia de esta por parte de quien aprende. Contextualizar la enseñanza de las matemáticas, donde la modalidad lingüística es de suma importancia, y la adaptación a los conocimientos previos de los alumnos en ambas materias, así como la coordinación entre los distintos niveles educativos, fueron las razones fundamentales por las que nos comprometimos un amplio colectivo de maestros y profesores, que impartíamos matemáticas en gran parte de los centros de la isla de La Palma, con el apoyo y reconocimiento de la Consejería de Educación, cuando aún estaba vigente la EGB. En concreto, el compromiso consistió en elaborar, en formato fotocopia, los textos de 6.º, 7.º y 8.º de matemáticas en nuestra modalidad lingüística, en los que al final de cada tema se incluía el léxico propio de

la materia que aparecía por primera vez y, a menudo también, algún canarismo. Este hecho que, sin duda, supuso un gran esfuerzo de voluntariedad, podría servir de referente para que, no solo en matemáticas, sino también en otras materias, y con el asesoramiento adecuado y la apuesta decidida de la Administración, se confeccionasen unos libros de textos redactados en nuestra modalidad del español.

Ni a la sorriba, ni al monte, ni a la galería... No. Ellas decidieron. Con sexto y reválida, ellas me convirtieron en maestro ese verano de 1970. “En la casita de Silveria, que generosamente la presta, te ponemos unas mesas y unas sillas —y hasta una pizarra colgaron en la pared— y les das clase de matemáticas a nuestros hijos”. No dije que no, cómo hacerlo con la confianza que ellas depositaban en mí. Me sentía capaz de poder explicar matemáticas a estudiantes de niveles inferiores al mío, y con gran satisfacción vi que podía ganar dinero haciendo aquello

que realmente me gustaba. Pero de todos los alumnos que tuve, los más admirables, y que han quedado grabados en mi memoria como un bello recuerdo, fueron aquellos jóvenes campesinos, todos mayores que yo. Por la tardecita, después de terminar de trabajar, allí en la zona donde las ventas se transformaban al caer la tarde en tabernas para hombres solos, ellos me pidieron que les impartiera unas clases de matemáticas básicas, medir la superficie de las pequeñas vetas que ajustaban para sorribar, calcular los metros cúbicos de tierra o piedra, que a menudo había que transportar de lugares alejados; calcular un presupuesto, tomando como unidad el costo del celemín; el cálculo de áreas de figuras planas sencillas, la regla de tres, y poco más. Algunos aprendieron el algoritmo de la raíz cuadrada, lo que les permitía aplicar la fórmula de Herón, consistente en calcular el área de un triángulo a partir de las medidas de sus lados. Esto, tan novedoso para ellos, les facilitó poder

calcular la superficie de cualquier terreno poligonal, mediante su triangularización. Esta puesta en valor de las matemáticas en un espacio rural tuvo sin duda que influir en mí para que acabara siendo la opción de estudio que determinó mi profesión, coincidiendo con los primeros años de la implantación de la carrera en la Universidad de La Laguna. Quizás, algo parecido les pudo ocurrir a las 8 mujeres y 9 hombres licenciados de matemáticas del municipio de San Andrés y Sauces, una población que actualmente apenas sobrepasa los 4000 habitantes, con un altísimo porcentaje de universitarios, que, al finalizar sus estudios, como les ocurre a los del resto de la isla, se ven en vacaciones.

Allí, donde aprendí a distinguir la papa marciala de la azucena, la pera pana de la bergamonte o la sermeña de la manzana, al boniato de turrón del de papita, al podón de la podona y que un montón de piedras es un moleo... o no digas *tirabenque* que

aquí es *tiradera* y a la tunera india llámala *piquenta*... Allí, donde la huella en el camino era imposible, porque eran las piedras las que nos desgastaban las alpargatas, voy, y a veces, no puedo evitar la melancolía que me transmite el silencio de las casas vacías. En ellas, algunas Penélopes vivieron, las cuales, cansadas de la espera y convencidas de ser víctimas, les dijeron *sí* a sus tenaces pretendientes, afrontando el sonar de los bucios, las sonrisas maliciosas y los rumores. “Oídos sordos, mi amor, ya está”. Pero fueron muchas, como atinadamente refleja Belén Lorenzo en el siguiente microrrelato, las que continuaron esperando a Ulises.

“Penélope vivió en el barrio de La Canela. Existió otra, también, en el Lomo. Y otra más en las proximidades del barranco de Las Nieves. Fueron muchas, en realidad, las Penélopes que aguardaron la llegada de esos Ulises que un día atravesaron el océano Atlántico para ganarse la vida mientras ellas perdían la suya. A las que aún viven se

las reconoce por la manera en la que miran el mar”.

Hoy, que la mayoría de ellas ya no están entre nosotros, yo recurro a sus hijas, en la certeza de que ahora son ellas las que mejor guardan como un tesoro, aunque ya no lo usen, esa manera de decir de sus madres y abuelas. Mi agradecimiento a las maestras Luisa Concepción, Isabel Expósito y María Luz Hernández, y, especialmente, a mi cuñada Juana Cabrera, a la que estimo como una de mis fuentes más fiables. La expresión “mi madre decía...” o “mi abuela decía...” es muy habitual oírse a las personas a las que frecuentemente sondeo acerca de palabras que ya están, o casi lo están, en desuso.

La convivencia con mis padres y los frecuentes viajes a la isla en que nací, así como el mucho tiempo de permanencia en Tenerife, a veces me hacen dudar de en qué isla se usa, o ya casi mejor decir se usaba, una determinada palabra, por lo que no

son pocas las veces que me veo abocado a preguntar en uno u otro lugar para salir de dudas. Son muchas las palabras que nacen relacionadas con una actividad y, cuando esta deja de ser necesaria, con ella van al baúl de la desmemoria. Pero sin ellas dejamos de comprender qué tareas nos han traído hasta aquí, lo que no deja de ser lamentable para entendernos como pueblo. El matrimonio de la persona con la palabra tiene reconocido el derecho de divorcio, pero nunca deberían olvidarse los momentos compartidos, por eso, aunque nos vaya bonito con la nueva amante, mantener en el baúl de los recuerdos nuestra relación pasada nos facilita, de vez en cuando, desempolvarla para no olvidarnos de lo que hemos sido. Nuestros escritores no deberían tener ningún pudor para utilizar un canarismo cuando el contexto lo requiera, aun cuando no se trate de una obra costumbrista. Tanto si este es muy conocido, como *gofio*, *guagua*, *almogrote* o *fajana* como si son de menor uso (o ya en

franco desuso), si resultara necesario para una mejor comprensión de lo que se expone.

Escribir un texto como el del siguiente párrafo de mi relato “El tabaraste y el zagalote”, obviamente no publicado, no es lo que sugiero que un escritor haga.

“El hombre de físico abamballado, orejas abanadas, atafanado, rostro arramalado y con vestimenta arramblada, a primera vista podía dar la impresión de ser un arranclín, y que uno se arripiase ante su presencia. Arrepochado en un viejo sofá, después de jimparse un buen sancudo, protegido del sol y del arife, por la sombra del follaje de un exuberante loro, parecía estar abaifado o atolancado, y, quizás por ello, no se percató de la presencia del zagalote”.

El relato, de un solo folio, incluye casi un centenar de canarismos, y aunque algunos son de uso general en el Archipiélago, otros solo lo son en una isla. Cualquier lector puede buscar y encontrar todas estas palabras en el *Diccionario básico de canarismos*

de la Academia Canaria de la Lengua, pero el texto está totalmente descontextualizado, a menos que nuestro personaje sea un ser cuántico, que le permite estar en el mismo momento en todas las islas simultáneamente. Si el hombre es *abamballado* parece que está en La Palma; pero si es *atafanado*, su nariz la mira un gomero; un grancanario que ve que su rostro está colorado, dice que está *arramalado*. Un majorero y un conejero, en sus islas a la vez, con ese calor sofocante, el *arife*, que aconseja estar con abanico en casa, no dan crédito a lo que ven: un frondoso *loro*, dando sombra a un señor, en islas secas. El tinerfeño lo ve *abaifado*, y, claro, no percatarse de la presencia del *zagalote* es normal, atolondrado como está de estar en todas las islas a la vez.

No, claro que no, forzar el uso de nuestro léxico no es prudente, pero dejar de utilizarlo en la literatura, cuando se adecua perfectamente, me parece no estimarlo en su valiosa y justa medida.

Blanco y verde. Bellos colores. Verde de platanera, en la Isla Bonita, blanco de apartamento, en la de Los Volcanes. ¡No crezcan más!, gritan voces. ¡Irresponsables!, gritan otras. Agua, que tengo sed. Aulagas en enarenados, maleza en medianías. Ellas, en silencio, y ellos también, se fueron yendo. Tal vez fue la última generación de nuestra tierra que no se divorció de las palabras. Le dijeron, sí, te seguiré queriendo mañana.

Sin olvidarme de nuestros abuelos y padres, quiero por último expresar mi reconocimiento, a modo de homenaje, a todas aquellas mujeres que, además de realizar las tareas que, entonces, se consideraban propias de ellas, asumían las que, por la ausencia del hombre, se vieron obligadas a desempeñar, por razones de pura supervivencia en muchos casos, sin que por ello se les concedieran el derecho y la libertad de los que disfrutaban los hombres.

BIBLIOGRAFÍA

COLECTIVO DE ENSEÑANZA DE MATEMÁTICAS DE LA ISLA DE LA PALMA. (1983-1988). *Renovación Metodológica y Didáctica del Programa de Matemáticas de la Segunda Etapa de EGB*.

DELGADO PINEDA, Miguel y María José MUÑOZ BOUZO (2011). *Lenguaje matemático: conjuntos y números*. UNED.

LORENZO, Belén (2022). *Todo lo importante vuela*. Biblioteca Básica Canaria.

SAAVEDRA, Juan Carlos (2022). “Los ‘correílllos’, parte de nuestra historia naval”. *Diario de Gran Canaria*.

